MONSEÑOR ROMERO: UN MARTIR DE LA FE PROGRESISTA

TODO el mundo ha exequiado el crimen que ha borrado del mapa a este valiente arzobispo católico. La prensa, los Gobiernos y el público en general han reaccionado en contra de esta violenta acción que, por el expeditivo procedimiento de disparar, cuestionó una balas explosiva al corazón de este prelado, ha llamado una vez que era necesaria en su país ante la injusticia en él reinante.

El Papa Juan Pablo II, a pesar de las reticencias que en el mundo progresista produce, se ha apresurado también a enviar un expresivo telegrama reivindicando la discutida figura del obispo asesinado.

Por eso podemos decir los católicos que tenemos, en este tiempo de invocación hacia la ultraderecha, al primer mártir de la fe progresista. Porque monseñor Romero no era un jerarca de la Iglesia nacional-católica de su país, sino un claro representante de la abierta voz del Evangelio.

Era hecho de la madera de un Helder Câmara, de un Fray Jorge o de un Casaldáliga. Eran tres obispos católicos que en Brasil dan testimonio de un Evangelio enraizado en el pueblo, porque no difunden una vaporosa y vacía aparente que acusa las vidas humanas elevándolas a las nubes, que están separadas de la tierra de todos los días.

Se meditó en estos días —como habrán hecho muchos de sus lectores— en el significado de estos testigos cualificados de la doctrina y de la vida de aquel, que fundó hace veinte siglos el cristianismo. Y veo que se encuentran en un nivel muy distinto de nuestras académicas discusiones teológicas de cansados occidentales. Nosotros estamos en otra órbita que, respecto a ellos, está muy desplazada.

Ayer teníamos nosotros algo contra lo que luchar: el retrogradismo nacional-católico, cuya expresión más clara estaba dentro de nuestras fronteras, y que fue fomentada por el régimen político reinante durante cuarenta años. Hoy, en cambio, nos debatimos en un plano difuso en el que no nos encontramos a nosotros mismos. Ya no sabemos, después de haber derrocado externamente al franquismo reaccionario, dónde estamos como creyentes y como hombres. Y todo se nos va en pequeñas escaramuazas que poco tienen que ver con la vida real que nos envuelve. Parece como si hubiéramos perdido pie y no supiéramos dónde ponerlo.

Por eso, figuras como monseñor Romero son alabadas por los que pueden hacernos pensar también a nosotros. Y este triste acontecimiento nos incita a preguntarnos: ¿es que no tenemos nada que decir como creyentes en nuestra década, desanimada, decepcionada y frustrada situación postfranquista?; ¿es que todo lo que se nos ocurre en este solamente a una discusión sobre si es teólogo católico Kung o no lo es? O, yendo un poco más lejos, ¿es que el único elemento de discurso de la teología de la liberación fue condenado o no por Juan Pablo II en su viaje triunfalista por tierras mexicanas?

Nuestras discusiones no van a la entrada de nuestra propia vida social, sino a una elucubración descomprimida de lo que nos está ocurriendo todos los días. Las ideas ya no son fecundantes de la realidad, porque la realidad va no es estilizadora de ideas concretas que impulsan a salir del decolorado aburrimiento que nos envuelve.

Meditemos, pues, ante esta muerte algo más sustancioso que lo que leemos en los extensos tomos académicos de Hans Küng, llenos de elegante erudición progresista, pero vacíantes cuando toca los temas sociales. Reflexionemos sobre la vida. ¿De qué? De hombres como monseñor Romero, que ha sido un luchador por la justicia y la libertad para su pueblo, sin partidismos, aunque sus palabras en nuestros oídos occidentales sonasen a veces a política cuando reprodueca nuestra televisión.

Pero, ¿por qué nos sonaban así? Porque hemos perdido la contacto con la realidad; y sólo sabemos plantarlos en medio de las discusiones de salón a través de nuestra prensa, de nuestras reuniones, de nuestros diálogos nosotras y de nuestras confesiones o coloquios cada vez más cansinos.

Hay que pensar por eso más en las sencillas palabras de monseñor Helder Câmara, el popular arzobispo de Olinda y Recife, cuando en 1974 hacía unas declaraciones a Linda Bimbí (entrevista recogida en el libro ¿Complicidad o resistencia? La Iglesia en América Latina, de la editorial Antenas-Sigueme). En ella nos recuerda que "en las grandes ciudades de América Latina profligará la miseria al lado de la riqueza. ¡Y hablo de miseria, no de pobreza!"

Ante ese hecho cotidiano, el obispo precursor de monseñor Romero confesaba como el publicano del Evangelio: "Nosotros, obispos y sacerdotes de América Latina, preocupados por mantener el prestigio del orden social imperante, hemos seguido de hecho manteniendo un seudoorden, un orden falso, mentiroso, presentando un catolicismo excésivamente pasivo que servía únicamente para mantener en orden al pueblo, tranquilo, obediente, resignado".

Y a eso es a lo que no se brindó monseñor Romero. Salía por los fuegos de la verdad, porque pensaba como el Jesús del Evangelio: "La verdad os hará libres". Y no se brindó porque "cuando en los últimos tiempos se ha hecho chocante esta realidad cada vez más dolorosa, entones hemos empezado a abrir los ojos, la mirada se ha hecho más penetrante y se ha despertado una nueva conciencia del Evangelio".

Eso es lo que le pasó a monseñor Romero, y por eso resulta socialmente inómodo, como lo fue hace veinte siglos Jesús. Y como él fue eliminado violentamente. "Servid su memoria para despertarnos a nosotros los españoles de nuestro eterno religioso, olvidados de la vida entre cansados floreto eruditos, entre el académico y la última moda?

La palabra la tenemos todos y cada uno de nosotros. Y sobre todo la acción que dé un vuelo a nuestra pasividad malhumorada, que a nada práctico conduce."